

De un sol que ayer lucía !
 ¡ Pronto se deshicieron, desmayados,
 Cual sombras mortuorias,
 Los sueños de esperanza coronados
 De triunfos y de glorias !
 ¿ Donde irán ya mis ojos que no vean
 Escombros y ruinas ?
 Qué palparán mis manos que no sean
 Creaciones mortecinas?...

Yo sé el origen, con detalles crueles,
 De esta argentada hebra :
 ¡ Alguien halló una flor en mis vergeles
 Y espantó esta culebra !...
 Los que ficción creísteis la amargura
 Que rebosa mi lira,
 Decid si de esta cana la blancura
 Es verdad ó mentira !
 Decid, decid, los que creísteis vana
 Mi infinita tristeza,
 ¿ Quién, si no fué el dolor, prendió esta cana
 En mi joven cabeza ?

¡ Respetad, insensatos, la tortura
 De un corazón ardiente,
 Condenado á llevar ¡ay! prematura
 La vejez en la frente !
 Musgo en las tumbas y en el hombre canas
 De muerte es signo cierto ;
 Cuando en el hombre las hallais tempranas,
 Es que temprano ha muerto

 Lava de mis volcanes apagada,
 Humo de mis ideas,
 Nieve caida en primavera helada,
 ¡ Oh, bien venida seas !

M. CURROS Y ENRÍQUEZ.

LA DOBLILLA DE ORO

(IMITACIÓN DE COPÉE)

UNA, noche—ya hace años, cuando todavía se jugaba en Madrid—Raimundo Valverde vió desaparecer sus últimas monedas de plata entre las ávidas manos del banquero, y se levantó de la mesa de ruleta en que acababa de perder los restos de su fortuna, reunidos para librar aquella suprema y desastrosa batalla.

Al ponerse en pié experimentó un espantoso vértigo y temió caer al suelo privado de sentidos.

Turbado el cerebro y las piernas negándose á sostenerle, se arrojó en un divan y durante unos cuantos minutos paseó su mirada por aquel infame templo del más terrible de los vicios, donde había consumido los mejores años de su juventud. Examinó con el espanto del moribundo que se

contempla en un espejo los demudados semblantes de los jugadores, escuchó el ligero ruido del dinero rodando por el tapete verde, consideró que estaba irremisiblemente arruinado y perdido y el recuerdo del revólver de que su padre había sabido servirse también ántes de sucumbir gloriosamente en la batalla de Vad-Rás, revólver que Raimundo conservaba con religioso cariño, acudió con tenaz insistencia á su imaginación. Después, rendido por el cansancio, se quedó dormido.

Al despertar echó una ojeada al reloj que tenía en frente, vió que había dormido media hora y experimentó una imperiosa necesidad de respirar el aire libre.

Eran las doce ménos cuarto : Raimundo pensó que se encontraba aún en la víspera del día de Reyes y recordó con melancolía aquella época en que, niño aún, colocaba en el balcon de su cuarto uno de sus zapatitos para recoger el regalo de los Reyes Magos.

En aquel momento un dependiente de la casa de juego se dirigió á Raimundo y le dijo :

—Señor de Valverde, tenga V. la bondad de prestarme un duro. Hace dos días que no me he movido de aquí, y en todo ese tiempo no ha salido el número 17... No sé por qué, tengo la seguridad de que va á salir al sonar la primera campanada de las doce.

Raimundo no se tomó el trabajo de contestar, se puso su sombrero y su abrigo y salió á la calle. En las cuatro horas que había permanecido en la casa de juego había nevado copiosamente y el piso de la Carrera de San Jerónimo estaba completamente blanco. El frio era muy intenso: Raimundo levantó el cuello de pieles de su gaban y se puso valerosamente en marcha, acariciando de nuevo la idea del suicidio. De pronto se detuvo conmovido por un singular espectáculo. En el hueco de la puerta cochera de una casa de hermosa apariencia, dormía, rodeado de nieve su mal abrigado cuerpecito, una niña de unos seis ó siete años. Una expresión de abrumadora fatiga se pintaba en su rostro, y de uno de sus piés se había desprendido un zapatito que aparecía colocado delante de la infeliz criatura.

Raimundo se llevó la mano al bolsillo por un instintivo movimiento, pero se detuvo al punto recordando que nada poseía; inclinóse hácia la pobre mendiga, tentado acaso de recogerla en sus brazos y de darle asilo en su casa durante aquella terrible noche, cuando sus ojos distinguieron un objeto que relucía en el fondo del zapatito. Raimundo se acercó á examinarlo y vió con sorpresa que era una doblilla de oro.

Una persona caritativa, una mujer sin duda, había pasado por allí, había contemplado aquel triste cuadro de miseria y abandono, y recordando

los días de su infancia, había colocado la moneda en el zapatito, para que el despertar de la niña abandonada fuese ménos triste que su sueño, para que en su corazón se fortaleciese la confianza en la bondad divina.

Raimundo iba ya á despertar á la niña para gozar de su sorpresa y de su regocijo, cuando en su oído resonó una voz extraña, una voz en que, juzgándose presa de una alucinación, creyó reconocer la del dependiente de la casa de juego:

—«Hace dos días que no me he movido de aquí, y en todo ese tiempo no ha salido el número 17. No sé por qué, tengo la seguridad de que va á salir al sonar la primera campanada de las doce.»

Estas palabras produjeron una impresión indecifrable en Raimundo, y un pensamiento monstruoso nació en el perturbado cerebro de aquel hijo de una familia honrada, que llevaba un apellido ilustre, y que hasta entonces había sido un calavera, pero no un criminal.

Dirigió una mirada en torno suyo, se aseguró de que la calle estaba desierta, dobló una rodaja, y tendiendo hácia el zapatito de la mendiga su mano temblorosa, robó la moneda de oro. En seguida, corriendo como un loco, llegó á la casa de juego, subió en cuatro saltos la escalera, abrió de un empujón la puerta de entrada, y penetró en el salón cuando solo faltaban unos cuantos segundos para las doce. Se acercó rápidamente á la mesa, y colocó la moneda en la casilla del número 17. El número 17 ganó y Raimundo fué dueño de treinta y seis duros.

Raimundo puso toda aquella cantidad en el color rojo, y pronto vió duplicada, triplicada, centuplicada. El color, el número, la columna donde ponía su dinero eran siempre los que ganaban: la suerte, hasta entonces tan esquiva con él, le persiguió con increíble constancia, y al cabo de una hora, no solo había recobrado lo perdido aquella noche, si no toda la fortuna que el juego le había arrebatado.

En su prisa por ponerse á jugar había conservado puesto su gaban de pieles, y sus anchos bolsillos apenas podían contener las monedas y billetes de Banco que iba recogiendo Raimundo. Pronto se le llenaron los bolsillos interiores de la levita, los del chaleco, los del pantalón. Y seguía jugando y no dejaba de acertar una sola vez: diríase que la bola de la ruleta estaba magnetizada por la mirada del frenético jugador y obedecía ciegamente todos los caprichos de su voluntad.

Raimundo echaba á puñados sobre la mesa el oro y los billetes, sin reparar apenas donde caían, queriendo y no pudiendo levantarse y salir de la casa de juego, sintiendo atarazado su corazón por un pensamiento implacable y diciéndose á si mismo:

—No... no hay duda... Está allí todavía... No puede haberse movido de allí... Ahora... ahora mismo... en cuanto sea la una me marchó, voy á buscarla, y sin que se despierte, abrigándola bien con mi gaban, me la llevo á mi casa, la acuesto en mi propio lecho, y desde hoy esa pobre niña será mi hija y no carecerá de nada...

Pero el reloj dió la una, y la una y media, y las dos, y Raimundo no tuvo fuerzas para cumplir su propósito. Al fin á eso de las tres, saltó la banca y hubo que suspender el juego forzosamente.

Raimundo recogió como pudo sus últimas ganancias, apartó de sí á los que le rodeaban dirigiéndole miradas envidiosas, salió á la calle y volando más que corriendo llegó al sitio donde había dejado á la mendiga.

—¡Dios sea loado!—exclamó.—¡Aún está aquí! Acercóse á la niña y le tomó una mano:

—¡Pobrecita! ¡Qué frío tiene!—dijo besándola con cariño; y cogiéndola en sus brazos la levantó para llevarla á su casa.

La cabeza de la niña cayó hácia atrás sin que la pobre criatura diese la menor muestra de despertarse.

—¡Cómo se duerme á esta edad!—pensó Raimundo, y queriendo despertarla dulcemente de aquel pesado sueño, la besó en los párpados...

Pero entonces, y á la luz que despedía un farol próximo, observó Raimundo con terror que los párpados de la niña estaban entreabiertos y dejaban ver unas pupilas inmóviles y vídriosas... Puso sus lábios en los de la niña y observó que su boca no despedía el menor aliento... ¡Mientras con la moneda de oro robada á la mendiga había ganado Raimundo una fortuna, ella se había muerto de frío!

Raimundo, preso de imponderable angustia, sintió que una mano de hierro le apretaba la garganta, fué á lanzar un grito y de pronto abrió los ojos y se despertó de aquella horrible pesadilla en el diván de la casa de juego donde se había quedado dormido ántes de media noche.

Algunos días despues Raimundo Valverde era soldado voluntario y partió para Cuba tomando parte gloriosa en la guerra que España sostenía con sus hijos rebeldes. Hoy es teniente del ejército su vida arregladísima y sus compañeros no recuerdan haberle visto jugar una sola vez.

En cambio tiene entre sus camaradas fama de ser hombre poco apegado al dinero. Uno de ellos nos ha referido que á poco de llegar á Cuba, pasando una noche por una calle de la Habana, vieron una niña pobremente vestida y que dormía en el hueco de una puerta. Raimundo puso una moneda en la mano de la mendiga; su compañero

fué á darle otra y observó con sorpresa que Raimundo se había desprendido de una doblilla de oro. Llamóle la atención sobre ello por si había obrado equivocadamente y Raimundo le contestó.

—No hagas caso... Esa es una cantidad que debo hacer algún tiempo.—J. R.

ÍNTIMAS

PARA contemplar el cielo ;
Nunca arriba he de mirar,
Porque al través de tus ojos
Diviso la eternidad.

Por mucho que tú me quieras,
Si en mi pecho penetraras,
Verías que soy tan pródigo
Cuanto tú me eres avara;
Pues por cada pensamiento
Con que me exornas el alma,
Yo te engalano la tuya
Con manojos de guirnaldas.

Esos labios hermosos,
Cual clavellinas,
De una mar muy salada
Son las orrillas;
¡Ay, quien pudiera
Pescar en sus corales
Las madreperlas.

Cierto día nos sentamos
Del bosque en el corazón
A fin de que, en tal escena
Ni nos atisbara el sol.
Mas el bosque contó á un ave
Lo que pasó entre los dos,
Y aquella ave, que sería
El charlatan mas atroz,
Divulgó por cielo y tierra
¡Que la escena fué de amor!

Para hablar con la razón
La palabra es medio expreso;
Mas aventaja al beso
Si ha de hablar el corazón.

Cuando poquitas cosas nos decíamos,
En varias formas y de mil maneras,
Por mas esfuerzos que los dos hacíamos,
Apenas si logré que me entendieras;
Mas hoy que, como ves, ya nunca te hablo;
Con solo que te logre ver conmigo,
¡Qué bien, sin pronunciarte ni un vocablo,
Interpretas lo mucho que te digo!

ISIDOR FRIAS FONTANILLES.

LA GUTAPERCHA

CUENTO VEROSÍMIL

I

EL era celoso como un Oteló, y sus celos no tenían justificación ninguna.

Elisa, su legítima esposa, era el mismo colmo de la virtud y de la honradez.

Pero vaya V. á convencer á un marido celoso y desconfiado por temperamento, de que sus celos son ridículos... ¡Imposible! El mismo trabajo cuesta que convencer de lo contrario á un confiado esposo cuando ha llegado á persuadirse de la fidelidad de su adorable costilla.

Pero entremos de lleno en el asunto de nuestro cuento.

El se llamaba Antonio, y ella, como ya he dicho, Elisa.

Hacia dos años que estaban casados y en todo aquel tiempo ni la más pequeña nube eclipsó un momento el sol de su felicidad conyugal.

Elisa era un conjunto de perfecciones morales y físicas.

Las mujeres la envidiaban y los hombres la admiraban; pero la fiel esposa conocía perfectamente el carácter exajeradamente celoso de su marido, y por lo tanto se guardaba muy mucho de hacer gala de sus reconocidos méritos personales.

Eduardo, un íntimo y antiguo amigo de Antonio, era el único hombre que, con consentimiento del marido de Elisa, frecuentaba la casa de estos. Pero Eduardo respetaba mucho las debilidades de sus semejantes; era prudente y cauto hasta la exajeración, y comprendiendo lo peligroso de una visita hecha á una mujer tan hermosa como Elisa, en ausencia de un marido tan desconfiado y celoso como Antonio, procuraba siempre ir á la casa cuando de un modo cierto le constaba la presencia de Antonio en ella.

Elisa, que como mujer se penetraba muy pronto de la delicadeza de estas situaciones, agradecía, sin haberlo manifestado nunca, la prudencia y buen sentido del amigo de su esposo.

Cuando en presencia de Eduardo se suscitaba alguna discusión entre Antonio y su bella, Elisa por inocente que esta fuera, Eduardo callaba, procuraba no mezclarse en el asunto; y si le obligaban á tomar parte en él, preguntándole con insistencia su parecer, aún á trueque de pasar á los ojos de Elisa como descortés é injusto, puesto que era ella la que generalmente llevaba la razón, Eduardo sostenía sin vacilar la opinión de Antonio, manifestando hipócritamente que siempre que un matrimonio discute, el marido es el que lleva la razón.